

Sergio del Molino

Pasea por la España vacía, entre el abandono y el mito bucólico para urbanitas domingueros.

TEXTO ANTONIO ITURBE FOTOS ASÍS G. AYERBE

Hay tópicos que hacen fortuna. Uno de ellos es el de la superpoblación y el ahogo demográfico. Hay gente muy hábil haciendo montajes de imágenes con el metro de Tokio en hora punta y una voz en *off* que narra las fúnebres predicciones sobre el crecimiento geométrico de la población de Malthus, quien auguraba que en siglo XX estiraríamos un brazo y le meteríamos el dedo en el ojo a nuestro vecino. En España, con el clásico pesimismo autóctono, tendemos a creer que vivimos en un país atestado. En este penetrante ensayo, Sergio del Molino nos muestra cómo hay zonas de España que tienen menos densidad de población que Laponia. Se podría hablar de las frondas gallegas de Los Ancares, la zona pirenaica o esa Almería en la que se rodaban películas del Oeste como si fuera el desierto de Arizona. Él se centra en esa enorme área vacía que engloba las dos Castillas (con la excepción del puñado de kilómetros cuadrados de Madrid), parte de Extremadura y parte de Aragón. El país lleva años volviendo la espalda a ese mundo rural hasta hacerlo prácticamente desaparecer, y enmascara su desdén con una mítica bucólica del campo, convertido en parque de atracciones de fin de semana para urbanitas que el sábado ponen un pie en el pueblo y sentencian: “Aquí sí que se vive bien” y a las veinticuatro horas salen corriendo de vuelta a la ciudad.

En *La España vacía*, Del Molino señala la brecha que ha separado históricamente a esas dos Españas, del campo y la ciudad. En este ensayo, escrito de manera personal pero apuntalado con datos, lecturas y observación sobre el terreno, nos lleva de viaje a un mundo remoto que está a solo unos pocos kilómetros de la puerta de nuestra casa. La geografía es más una cuestión de relato que de topografía: explica que el territorio que Moisés tardó cuarenta años en recorrer en busca de la tierra prometida era más pequeño que el que recorrió el Quijote en sus andanzas. Un ensayo que recuerda, por su divagación enriquecida y su

entretenida erudición, por la mezcla de los grandes asuntos con las pequeñas historias y por su aguda mirada hacia los detalles que desde la anécdota nos llevan a la categoría, a los gozosos libros del angloamericano Bill Bryson. Pillamos a Sergio del Molino a medio camino entre Salamanca y Plasencia.

¿Qué queda en esa España vacía?

Es un país que está desapareciendo y que, si nadie lo remedia, va a acabar convertido en un museo al aire libre o en un lugar recreativo para los fines de semana. Pero serán lugares sin vida, donde no hay comunidad. Lo que quedan son cuatro geriátricos, son sus estertores.

En *El mapa y el territorio*, Michel Houellebecq mostraba cómo el protagonista se encerraba en una casa de campo unos cuantos años; al salir, Francia había desmantelado su industria porque todo se hacía ya en Oriente y el país se había convertido en un lugar que ofrecía quesos y hoteles con encanto para millonarios rusos y chinos... ¿una predicción imposible?

Yo creo que aquí ya está sucediendo con algunos pueblos medievales. Manuel Fraga, con los paradores nacionales, ya anticipó la aberración de Houellebecq: los paradores del Cid y esas cosas. Hay pueblos en los que la vida es representar una tradición idealizada que tenemos de la Edad Media y se visten de mesoneros para servir comidas los fines de semana. No tienen posibilidad de plantearse un escenario alternativo.

¿Y se podría hacer algo para revertir esa situación?

He tenido un debate en Salamanca con sociólogos y economistas que saben mucho más que yo del tema. Habría que deshacerlo todo y volver a empezar, habría que replantear todo el modelo productivo y eso sería ir contra Europa, contra el tratado de libre comercio de Estados Unidos.

Nos muestra algunos casos de neorrurales, urbanitas que han huido de la ciudad para poner en pie el sue-



La España vacía
Sergio del Molino
Turner
292 págs. 23 €.



ño de una vida con más paisaje y otro ritmo. Impacta la manera en que cuenta la tragedia de ese escultor con la luz de la paranoia en los ojos, empantanado en una casa que no puede vender y que se siente arruinado económica y moralmente. ¿El sueño campestre puede convertirse fácilmente en pesadilla?

Hubo muchos casos de inconsciencia y lo pagaron. El crimen de Fago es un relato prototípico de lo mal que puede terminar una experiencia así. Los dos eran amigos, se fueron al mismo tiempo al pueblo y ahí se enemistaron hasta que uno mata al otro. Es una historia bíblica, como de Caín y Abel. Es tremendo. Hubo una idealización de la Arcadia y es comprensible, porque coincide con unos años en los que había un optimismo desmedido por la europeización de España durante las Olimpiadas, la Expo, el AVE... Es una reacción normal de cierta gente tratar de rescatar un país al que nadie miraba.

¿Rescatar e país o rescatarse a sí mismos de su apatía?

Sí, rescatarse a sí mismos pero volviendo a un país donde pudieran reconocerse. Perciben que el país es de cartón-piedra y buscan algo que sea “auténtico”, que es una palabra odiosa que se usaba mucho entonces.

El de la maravillosa vuelta al campo es un mito que echa abajo. Y hay más en el libro, desde la validez de los mapas cartográficos a la literatura romántica, que ensalzaba la bondad de lo rural, o la teoría de que el aburrimiento es creativo y que muestra como desastroso. ¿Forma parte de su cruzada personal el desmontar mitos?

Tampoco tengo una vocación especialmente iconoclasta, pero sí que me interesa poner en cuestión verdades establecidas o creencias muy consolidadas que, si miras bien, solo están alimentadas por el prejuicio. Me gusta mirar las cosas de cerca. Había una canción que decía que de cerca somos todos muy feos. Vistas de cerca, pocas cosa aguantan. Tengo una miopía terrible, un ojo prácticamente inútil, así que me esfuerzo mucho en ver lo que tengo delante y no lo que me quieren enseñar. Peo no tiene que ver con transgresión ni con iconoclastia. Soy una persona mucho más tranquila que todo eso. Los tiempos del *punk* pasaron ya.

Un mito que baja del pedestal es el de las misiones pedagógicas de la República. Hay autores que hablaban de miles de misiones en pueblos recónditos y, actas en mano, muestra que solo fueron 184. Vale, tiene razón cuando dice que su impacto fue anecdótico. Pero, para un mito pedagógico que tenemos... ¿no es ser un poco aguafiestas?

Yo no le quito el valor a las misiones pedagógicas, que lo tienen, fueron valiosísimas, pero creo que no les haces ningún favor si las conviertes en un mito y las sobredimensionas. Me parece más útil situarlas en su justo término e incluso mostrar que lo que hacemos hoy es mucho más potente. Yo soy progresista, pero soy contrario a crear santuarios alternativos y a deificar a nadie, porque invalida los debates. ¡Pero mi voluntad no es ser aguafiestas!

Después de bajar las misiones pedagógicas del santuario, también explica que “su impacto simbólico es enorme”. ¿No se hace usted más severo de lo que en el fondo es?

También es una estrategia narrativa a la hora de plantear el ensayo. Quizá es una desviación periodística que tengo, de ir primero a por el titular, para captar la atención, y luego ir matizando.

Tiene la voz de un obstinado racionalista y una severidad unamuniana, pero también se le cuelan hilos de mirada poética, incluso de redención.

Hay mucha gente que en Facebook tiene una imagen de mí de ogro, un devoraniños. Luego hay gente que luego me conoce y dice “en persona es muy majo”, como sorprendidos. Algún crítico comentaba como con sorpresa que, “a pesar de que el libro es muy ácido, él en persona es muy agradable”. Hay un malentendido entre las estrategias narrativas que se utilizan para enunciar las cosas y el identificarlas con gente amargada. No sé si me pasa también eso.

Su “yo” narrativo es muy subjetivo y muy rotundo en sus juicios, quizá eso lleva a confundir al narrador con la persona...

Juego a ello, es deliberado. Y tengo que asumir las consecuencias. Juego con ello pero doy por hecho que el lector entra en el juego y sabe distinguir entre el narrador y la persona. Cuando la confusión triunfa, en lugar de alegrarme me siento un poco incómodo. Estamos hablando de literatura, al fin y al cabo. Claro que son trozos de mí y me muestro mucho, pero estamos jugando. Yo no me tomo tan en serio como me toman algunos lectores y eso es algo que a veces me preocupa.

A quién sí da bastante caña, y le muestra una férrea oposición, es al romanticismo como movimiento...

No diría oposición, sería como oponerse a la antigua Roma. A lo que me opongo es a la sublimación y a la tentación de lo cursi, que es algo que me preocupa mucho. Yo tengo una teoría un poco bruta: detrás de un cursi siempre hay un hijo de puta. Porque un cursi

es un impostado que no juega limpio, y me preocupa mucho que yo pueda caer en eso. Por eso tengo mucha prevención. No considero que Bécquer sea un cursi, pero no me desagrada en esa historia real que cuento que la caída de un olmo, símbolo machadiano, se cargue su cruz convertida en reclamo turístico de la zona.

¿Sería Julio Llamazares el último romántico?

Respecto al enfoque del ensayo, sin duda. Es el último gran constructor de la España rural y deshabitada. Él, como buen romántico, vuelve a construir mitos, que no es lo que yo hago en el ensayo...

¡Usted los demuele!

Más que demoler los mitos, los identifico y los señalo. Él, como novelista, y es lo que tiene que hacer porque es una de las funciones de la literatura, tiene la capacidad para sublimar la realidad, en este caso la realidad rural. Es un universo reconstruido o mitificado que quizá no tiene mucho que ver con la realidad, pero él ha sabido conectar con los lectores y tocarles la fibra.

No me queda claro si lo dice para bien o para mal...

Por un lado, para bien, porque toda una serie de lectores lo agradecen y fue muy valiente al explorar un tipo de discurso al que nadie se acercaba, porque el ambiente literario de principio de los 1980 era muy refractario a esos temas. Sin embargo, cuando creas más mitos levantas otra barrera para la comprensión de ese mundo. Pero lo respeto mucho, a Llamazares: es el último gran contador de la España vacía.

Dice que “mirar rincones de la España vacía es mirar dentro de nosotros mismos”. ¿Qué ha averiguado de sí mismo con esta indagación?

Que sería incapaz de vivir en esa España vacía. Pero que, sin embargo, tengo una conexión más pedestre y más intensa de lo que pensaba con el paisaje. Yo pensaba que era inmune: vivo en un entorno urbano, mi relación biográfica con lo rural es limitada, yo no he vivido nunca en el pueblo. Me sentía a salvo de esa mística sobre la tierra y el propio país, pero soy tan imbécil como todos y no estoy a salvo de eso. Es algo que no tiene nada que ver con el nacionalismo ni con el patriotismo, sino con la manera en que el territorio te interpela.

Dice en el libro que “la nostalgia es una expresión suave y resignada del miedo...” ¿Qué tiene que ver la nostalgia con el miedo?

La nostalgia es un parapeto que te montas para no enfrentarte a lo que sucede a tu alrededor. Es una estrategia para no enfrentarte al presente porque está

lleno de cosas que nos aterran. El pasado idealizado es un escondite.

De la tradición, que ha sido muy importante en España y se han movlizado varias guerras para defenderla –“las esencias”, que decían los carcas–, dice que “no es más que una mentira compartida”.

No invento nada. Buena parte de la mejor historiografía va en ese sentido de creer que la historia es una narración mucho más emparentada con la literatura que con la ciencias sociales. Toda tradición es una construcción. Cuando ese relato histórico lo enfrentas a los hechos, no suele resistir. Y es una mentira compartida porque las naciones funcionan cuando todo el mundo se cree esas mentiras. Cuando se quiebra ese relato de la tradición, se quiebra la nación.

¿A España le falta relato?

Sin duda. Es muy difícil ser una nación cuando sus habitantes no se creen los mitos fundacionales, cosa que quizá no pasa en Cataluña y Euskadi, donde se ha ido creando un consenso sobre la propia tradición inventada. No hay que ser un nacionalista catalán o vasco para no creerte los mitos de la tradición española: yo mismo no me los creo y muchos millones tampoco, y así es muy difícil que siga funcionando una nación tal y como entendemos que son las naciones. Pero esto no es malo, debería animarnos a inventar nuevas formas de convivir que no tengan que ver con leyendas tipos brutos que cortan la cabeza a los moros ni ese tipo de cosas. Tenemos la oportunidad de levantar una convivencia sobre bases más refinadas, pero seguramente la desaprovecharemos y volveremos a la cosa zafia del banderón.

¿Y cuál sería ese relato más seductor que substituyese al del Cid campeador y el nacional-catolicismo?

Es una idea muy ingenua, pero estaría bien hallar ese relato en el vínculo que nos une a millones de españoles con esa España vacía, con ese país que ha desaparecido pero que sigue vivo en la conciencia, y que podemos compartir. Un relato que se construye desde lo íntimo y lo autobiográfico de una forma más sutil y compleja, sin la necesidad de buscar un enemigo tribal al otro lado. Buscar elementos emocionales que nos unan y llegar a pensar que igual vale la pena vivir juntos y no tener por qué andar odiándonos ni tratando de machacarnos los unos a los otros. ●